

PROF. DOCTOR RODOLFO ROSSI (1885-1969) *

Prof. Emérito Dr. Bernardo Eliseo Manzano.

Deseo expresar mi reconocimiento a las autoridades de la Sociedad Médica de La Plata, por la invitación que me hicieron para hablar en esta caracterizada tribuna.

También agradezco al profesor Salvioli las palabras con referencia a mi persona, y asimismo a esta distinguida concurrencia por reunirnos aquí esta noche para recordar a tres personalidades que están muy cerca de nuestro afecto.

La ciudad de La Plata ha tenido médicos destacados. No sólo en el ejercicio correcto de su profesión, sino también porque han honrado a nuestro país, por sus elevados conocimientos científicos, dignos de los centros más jerarquizados del mundo.

Sería difícil citarlos a todos, y sin intención de menoscabar su importancia, he decidido abordar algunas facetas de la clínica médica platense.

En nuestro medio han ejercido clínicos sobresalientes y abnegados, pero, sin duda, hay tres que por ser los iniciadores, haber ocupado los cargos de profesores titulares y formado discípulos, merecen un lugar especial: Profesores Rossi, Cieza Rodríguez y Estiu.

Comienzo la evocación de estos ilustres médicos platenses con la figura del profesor Rodolfo Rossi, pontífice máximo de la clínica médica de nuestra ciudad.

El Dr. Rossi nació el 4 de junio de 1885 en Ancona, Italia. Allí permaneció hasta los cuatro años y luego se traslada a nuestro país donde se gradúa de médico en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, en 1912. Si bien tuvo brillantes profesores, no permaneció mucho tiempo con ellos. Por eso su perfeccionamiento médico es obra de su propio esfuerzo; es, en realidad un autodidacto. Ejemplo magnífico de lo que puede hacer un hombre cuando desea saber y progresar.

En 1908 y 1909 es practicante mayor interno del hospital San Juan de Dios y, posteriormente, practicante del hospital Misericordia y de la Asistencia Pública de La Plata.

Su actuación hospitalaria es importante e ininterrumpida desde su graduación. Fue médico de la Asistencia Pública, del Hospital Misericordia, del Hospital de Niños, director y luego Inspector General de la Liga Popular contra la Tuberculosis; Primario de Clínica Médica y jefe de sala del Hospital Italiano, siendo su director entre 1941 y 1943.

Pero, sin duda alguna, cuando uno lo evoca en su actividad asistencial, inmediatamente se lo traslada a su querida sala I del Hospital Policlínico de La Plata, donde se desempeñó como jefe desde 1922 hasta 1955. Es el lugar donde más se lo identifica y más se lo recuerda. Allí estuvo rodeado por un grupo de brillantes discípulos, muchos de los cuales se han destacado en el ejercicio profesional, llegando a ocupar los cargos de profesores titulares y adjuntos de diferentes cátedras de nuestra facultad. Entre ellos debemos recordar a los Doctores Andrieu, Carlos Bellone, Bianchi, Caíno, Cabarro, Cantaluppi, César Castedo, Curcio, Del Carril, Di Salvo, Gordillo, Lecot, Lozano, Maggi, Mendoza Peña, Mindlin, Montero Vázquez, Pastor, Pinto, Pis Diez, Piscorz, Ponce de León, Romero, Ruera, Serra, los hermanos Tebaldi y Zardini.

En esa inolvidable sala I y rodeado del afecto e todos sus discípulos desarrolló, durante más de treinta años, una actividad intensa, profunda y destacada. En el decurso de varios decenios tuvo la oportunidad de demostrar su sorprendente capacidad clínica, y su gran sentido humanitario.

El profesor Rossi fue un gran clínico ¿Y qué entendemos por gran clínico? Aquel médico que entre una maraña de síntomas separa el de mayor valor para la construcción diagnóstica; el que conoce las diversas máscaras con que las enfermedades se presentan, así como su evolución; es el que sabe lo que debe solicitar para confirmar o desechar un diagnóstico; el que conoce la terapéutica adecuada para cada caso; pero, sobre todo, es aquel que no se olvida que frente a él tiene un paciente que sufre, que padece, que se angustia frente al presente y más aún frente al futuro.

Rossi atesoraba todas esas cualidades. Conoció la forma solapada con que muchas enfermedades atacan. Reconoció a esa desagradable intrusa en todas sus manifestaciones. Fue su enemigo implacable y la venció en todas las oportunidades que pudo, ayudado por sus conocimientos, su talento y dedicación. Supo detectar las enfermedades en su iniciación, cuando el lenguaje de los órganos recién comienza a exteriorizarse con los síntomas. Se adelantaba a los signos, que muchas veces son más lejanos, más tardíos, más peligrosos.

Su sólida formación semiológica le permitió realizar diagnósticos sorprendentes. En esa tarea le ayudaba en forma extraordinaria su gran ojo clínico, esa cualidad que consiste en la orientación de primera intención basada en la observación reciente de un enfermo, pero

que se funda en el recuerdo de cuadros vividos a través de una larga experiencia. Su ojo clínico fue proverbial. La simple observación de un paciente le permitía diagnosticar un hipotiroidismo, una anemia perniciosa, una estrechez mitral. Pero no era sólo el sentido visual el que había desarrollado cuidadosamente. Su oído delicado le permitía captar las más pequeñas modificaciones cardíacas, y los soplos de insuficiencia aórtica eran auscultados precozmente con el estetoscopio de madera, con la misma precisión como lo hace actualmente el más sensible biauricular.

Ese oído exquisito lo llevó a hacer el diagnóstico de tabes dorsal, al percibir el taconeo de un paciente que pasaba por un corredor, sin haberlo visto.

Su tacto era tan sensible que era común verlo hacer el diagnóstico de estrechez mitral con solo palpar la punta del corazón del paciente.

Leía continuamente y estaba actualizado. Siempre prefirió a los grandes clínicos franceses, es especial las lecciones de Louis Ramond, ese médico extraordinario, discípulo de Dieulafoy, cuyas conferencias de clínica médica no fueron superadas.

Su inteligencia y su entusiasmo por el adelanto de la medicina, hizo que fuera el iniciador de la terapéutica con insulina en nuestro medio. Fue el primero que utilizó hígado crudo en el tratamiento de la anemia perniciosa, así como también, en realizar una broncografía con lipiodol y el primero en practicar una esplenectomía. Con el profesor Mainetti fue el iniciador del tratamiento integral de la patología tiroidea, realizándose las intervenciones en espacios destinados a ese fin en la misma sala de clínica.

En esa sala que tanto quiso, su generosidad se patentizó en a donación que hizo al Hospital Policlínico de un aparato de rayos y un electrocardiógrafo, ambos de su propiedad, y que brindaron gran utilidad durante años.

Si bien su actividad profesional fue destacada, su dedicación docente constituye una de las facetas más admirables de su personalidad. Rossi fue el apóstol de la enseñanza. Su capacidad y su inquietud por transmitir conocimientos se inicia tempranamente, cuando un grupo de alumnos le solicita unas clases de repaso para los próximos exámenes. Con ese motivo dicta los domingos un curso teórico práctico, donde hace gala de sus conocimientos, pero sobre todo donde se vislumbra su modalidad de enseñanza que no abandonará en toda su carrera. Ella consistía en presentar casos comunes, en los que destacaba los hallazgos semiológicos con los cuales construiría el diagnóstico.

Con respecto a esa actividad, recordemos sus palabras que se refieren a su nombramiento, en 1908, como practicante del antiguo Hospital Misericordia: "Desde entonces –dice- nació en mí la vocación por la enseñanza con mis primeros pasos en las salas hospitalarias.

Abracé desde el primer momento con gran amor y entusiasmo la carrera que soñaba y ambicionaba desde mi infancia; amor y entusiasmo que no abandoné hasta la fecha; quizá en esto hayan influido también factores atávicos, sin que en ningún momento los inevitables fracasos e ingratitudes aminoraron mi fervor profesional”.

Cuando habla de sus factores atávicos se refiere, sin duda, al padre y al abuelo. Del primero, que era un destacado pintor, heredó el sentido de observación y el arte de la descripción. Si bien nuestro maestro no utilizó los pinceles – sólo lo hizo temporariamente para costearse sus estudios- empleó la vista y la palabra para describir, como en una pintura, las diversas manifestaciones externas de las enfermedades. Fue un artista de la semiología y de la clínica. Su hermano Alberto heredó esas notables cualidades y se convirtió en uno de los pintores argentinos más renombrados, que hizo honor a nuestra patria. El abuelo del Dr. Rossi fue médico. Ambos tuvieron el mismo escenario de actuación, la sala hospitalaria, y ambos estuvieron unidos por el deseo constante de ayudar al prójimo demostrando permanentemente su abnegación y altruismo.

Al inaugurarse el tercer año en la Escuela de Medicina de La Plata, continúa dictando cursos de Semiología en el Hospital Policlínico y en la Liga Popular contra la Tuberculosis, con tal éxito que los alumnos en reconocimiento le obsequian una medalla recordativa. Posteriormente, proseguirá su carrera docente, siendo nombrado profesor suplente de Semiología y luego de Patología Médica, siendo, durante tres años consecutivos, profesor suplente de esa asignatura.

En 1936 obtuvo el cargo de profesor titular de la primera cátedra de Clínica Médica, en un concurso – recordado aún por sus discípulos- donde se impuso en forma concluyente a seis destacados aspirantes de la Facultad de Medicina de Buenos Aires.

Si queremos conocerlo como profesor, es útil recordar las palabras de ese gran médico y humanista, el profesor Manuel del Carril, cuando habló en la demostración que se le ofreció al Dr. Rossi, con motivo de sus bodas de oro profesionales. Entre otros conceptos manifestó:

“Podía muy bien no haber existido el juramente hipocrático que Rossi lo hubiera hecho realidad con su incommovible voluntad de perfeccionamiento y su empeño de legar a otros lo mejor de sí mismo.

En la Plata, la Facultad de Medicina era solo pensada como una lejana posibilidad, cuando ya recibíamos de Rossi, todos los días, auténticas enseñanzas, modestamente, sin alardes, sin cátedra.

Y nació la Facultad y con ella la inquebrantable autenticidad de Rossi fue nuestra mayor preocupación. Sabíamos que debía ser profesor de Clínica Médica, pero teníamos el temor de lo que iba a ocurrir cuando Rossi, en quien reconocíamos un maestro, debiera confrontarse con el molde de la hora que tan poco se avenía con lo que él era y no quería dejar de ser. El modelo del camino seguro del éxito era para él inalcanzable, del profesor del arte del atuendo, del gesto y el verbo elegantes, de la enseñanza dogmática, en cátedra de alto sitial distante, con auditorio sometido al engaño magnífico del discurso grandilocuente. Pero la autenticidad se impuso y vimos llegar al maestro sabio, sin la pasión de la exhibición erudita de citas, práctico con sólida base científica que gustaba y gusta seguir enseñando- porque lo hará mientras viva- en el acto médico, al lado del enfermo, escuchando pacientemente a quienes disienten con sus opiniones siempre dispuesto a admitir el acierto de los otros o a orientar, sin disminuir, el juicio equivocado”.

Así fue el Doctor Rossi, un profesor exento de ruido, de frases altisonantes, prolijo y ordenado en el examen del enfermo, claro en su exposición, y sobre todo, práctico. Brindó sus conocimientos y su experiencia en clases inolvidables.

Conocí al Dr. Rossi en 1943, cuando comenzábamos a cursar Clínica Médica y éramos asiduos concurrentes a sus clases.

En su aspecto físico nos hacía recordar a un sabio del Renacimiento. De baja estatura, andar pausado, con las manos unidas en la espalda recorría lentamente la Sala I. Tenía una tonalidad de voz que invitaba al diálogo. Su cara redondeada estaba iluminada por unos ojos castaños, enmarcados por unos anteojos que parecían aumentar su prodigiosa capacidad de observación. Su mirada dulce, y su rostro reflejaba su personalidad: hombre esencialmente bueno, tolerante, comprensivo. La sonrisa era en él casi permanente, lo que aumentaba aún más su simpatía. Le agradaba contar anécdotas en las que el interlocutor se divertía tanto como él.

Contrajo matrimonio con Estela Boggero, en 1914; tuvo dos hijos, y hoy nos acompaña su hija Estela, cuyo amor filial es admirable, como asimismo su vasta cultura y su exquisita sensibilidad.

El Dr. Rossi hizo un culto de la amistad. Siempre se rodeó del cariño y el afecto de sus discípulos y amigos. Son memorables la cena de los miércoles, la reunión de los domingos en la confitería París, o el encuentro de los martes en el Rotary Club. En todas ellas hacía gala de sus conocimientos, de su simpatía y de su rico anecdotario.

Lo vi por última vez en enero de 1968, y tuvo la amabilidad de dedicarme un libro de Cardarelli, que ambos admirábamos, pero que yo no poseía. En esa época él tenía 82 años.

En su gloriosa senectud se lo veía caminando lentamente por la avenida Monteverde, la que en noviembre se engalana con el verdor y el perfume de sus espléndidos tilos. El movimiento del follaje daba la impresión que esos árboles elegantes se inclinaban reverentes para saludar a un sabio, como expresión agradecida de la ciudad hacia uno de sus hijos más dilectos.

En el ejercicio de su profesión fue un romántico. En el romanticismo médico predomina el corazón sobre el razonamiento, el desinterés material sobre el enriquecimiento, el sacrificio sobre la comodidad, el idealismo sobre la realidad cotidiana. Y en el ejercicio de su profesión perdura pues tuvo la grandeza de ensamblar su vocación de asistir a la vocación de saber. Pero reconozcamos que su vocación de asistir es aquello que lo hace inolvidable. Era consciente que sin ella no se puede ni se debe ejercer la medicina. Un médico puede ser un sabio, pero si no tiene vocación para atender a sus pacientes será un fracaso. Podrá dedicarse a la investigación, destacarse y ser sumamente útil, pero no debe intentar ejercer la medicina, pues en sus manos esta disciplina será pobre, deslucida, ineficaz.

Para confirmar lo expresado, volvamos a releer las palabras que pronunció con motivo de la demostración que le brindaron al cumplir sus bodas de plata con la profesión: Allí expresaba:

“Veintiocho años de actividad profesional han transcurrido tan rápidamente que me parece ayer ver mis condiscípulos alejarse por distintos caminos con su título bajo el brazo y en donde se leía en sus rostros la alegría de haber llegado y la esperanza de un porvenir risueño donde la fama o la fortuna les esperaba.

Yo en cambio no sentí esa misma impresión, mi esperanza como no conocía, no estaba en la fortuna, pero todas mis ilusiones sentaban en la gran satisfacción moral que experimentaría en hacer el bien a mis semejantes, tal como lo permite nuestra profesión. Y así fue que los primeros años de mi ejercicio profesional hice todo el bien que pude – no cobré a nadie y también nadie se molestó en pagarme”

Y más adelante agregaba:

“Pero si no he conseguido esto (se refiere a la fortuna), en cambio tengo la profunda e íntima satisfacción de haber acumulado el mejor capital que puede ambicionar un hombre y que es no solo vuestra amistad y afecto, sino también la estima y el respeto de todos”

¡Qué palabras tan elocuentes y que lo presentan en toda su grandeza espiritual!

Su persona, aureolada por un prestigio pocas veces alcanzado, fue objeto de numerosas demostraciones y de muchos reconocimientos.

Fue vicedecano y también, interinamente, estuvo a cargo del decanato de nuestra facultad de Medicina. Después de su renuncia como profesor titular, en 1956, la Universidad local lo nombra profesor honorario.

Posteriormente el Ministerio de Salud Pública, decide designar con el nombre del Profesor Rodolfo Rossi al Pabellón de Clínica Médica del Hospital Interzonal de Agudos General San Martín de La Plata. Y hace pocos años, en una iniciativa que lo enaltece, el Ministerio de Salud impone el nombre de este prestigioso maestro a uno de los centros asistenciales más importantes de la ciudad, el entonces llamado Sanatorio del Turf.

Murió plácidamente, como lo fue su hermosa vida, el 17 de enero de 1969, a los 83 años. Toda la ciudad se sintió conmovida por la pérdida de un ser excepcional. En la necrópolis local, al despedir sus restos, varios oradores resaltaron su brillante personalidad, pero me parece apropiado recordar las palabras del profesor Mainetti en esa oportunidad y que todos compartimos: "No he conocido médico más respetado y querido por unanimidad en el cuerpo médico. Toda la ciudad lo ha conocido por sabio, bueno, desinteresado y humano".

** Conferencia dictada en la Sociedad Médica de La Plata el 24 de noviembre de 1982*